

Señor Intendente de Florida, Carlos Enciso, autoridades departamentales, hermanos todos. Hemos venido aquí hoy a dar gracias a Dios, porque la Eucaristía excede su excepción de gracias por estos 200 años de los sucesos de 1825, que están tan consustanciados también con nuestra fe católica. Y hoy el Evangelio nos habla de la puerta, esa puerta que es Jesús.

Jesús muchas veces dice en el Evangelio, se identifica con la puerta, yo soy la puerta, tienen que pasar por mí, es decir, esa puerta por la cual tenemos que pasar todos los cristianos para lograr la salvación. Una puerta que es angosta, es decir, una puerta que no es lo ancha que nosotros queramos, no es hecha de acuerdo a nuestra comodidad, sino que es una puerta que tiene dificultades, porque ser cristiano significa que debemos vivir una vida de seguimiento a Jesús y la vida de seguimiento a Jesús es una vida de cruz, por lo tanto es una puerta a la cual se accede con esfuerzo, con sacrificio. ¿Cuántos serán los que se salvan? Es la pregunta que escuchábamos del Evangelio, una pregunta muy interesante para aquellos que les interesa la salvación.

Lamentablemente vemos que hoy en nuestra sociedad poco interesa esa pregunta. No es una pregunta que se haga a la gente cómo nos podemos salvar o cuántos se salvarán, porque en definitiva a nadie le interesa salvarse de nada. Es decir, lamentablemente hemos perdido ese sentido trascendente de la vida, ese sentido religioso de la vida.

Sin embargo, los que estamos aquí, es una pregunta que nos interesa. Estamos aquí porque nos interesa nuestra salvación. Estamos aquí porque nos interesa entrar por esa puerta que es Jesús, porque queremos seguir a Jesús, aunque muchas veces nos quedemos en el umbral de esa puerta porque, bueno, nuestro orgullo, nuestro egoísmo, nuestro pecado, nuestros miedos impiden que pasemos por esa puerta que es dificultosa, que es angosta.

Pero estamos aquí porque estamos en camino, porque somos peregrinos, porque creemos que en Jesús ya encontramos la salvación, porque creemos que tenemos que pasar por esa puerta que es Jesús para salvarnos, porque tenemos el deseo de encontrar a Dios, porque tenemos el deseo de entrar en comunión con Él. Tenemos la misma esperanza del profeta Isaías que dice en la primera lectura que reuniré a todas las naciones y a todas las razas, vendrán y verán mi gloria. Para eso estamos hoy aquí nosotros, para ver la gloria de Dios.

La gloria de Dios que es su presencia, que es su magnificencia, que son sus obras. Y qué mejor que contemplar la gloria de Dios que la Eucaristía. La Eucaristía ya es un adelanto de la gloria de Dios, es un adelanto de esa comunión hacia la cual caminamos, de ese encuentro perfecto con Dios, con nuestra salvación.

Y por eso nosotros hemos atravesado hoy también una puerta, la puerta de la Iglesia que es signo de Cristo. Tenemos que atravesar esa puerta para encontrarnos en este espacio sagrado, en este espacio de encuentro con Dios, en este espacio eucarístico, en este espacio donde podemos contemplar la gloria de Dios, donde podemos entrar en comunión con Él, donde podemos desear nuestro deseo de Dios. La puerta es Cristo y la puerta también es el bautismo.

Un día a través del bautismo entramos en la comunión con Dios. Y por eso como bautizados estamos hoy aquí presentes, porque seguimos, queremos seguir estando en comunión con Él, queremos ser salvados por Él. Pero tenemos otra imagen de la gloria de Dios, que es esa pequeña talla que tenemos de la Virgen de los 33.

Ella es imagen de la gloria de Dios, porque ella es la imagen de la humanidad perfecta, de la humanidad redimida, de la humanidad sin pecado. Pero también es el recuerdo patriótico de la presencia de Dios y de la obra de Dios en nuestra historia, porque ella ha sido, ha estado presente a lo largo de toda nuestra historia. Por eso esa pequeña talla de la Virgen de los 33 es parte de nuestra historia y por tanto define nuestra vida.

Es una imagen que nos retrotrae a nuestros orígenes, a esos orígenes hispano-guaranícos. Manos de los guaraníes la tallaron, la raza gaucha conservó su culto y luego en aquellos momentos tan controvertidos de nuestra historia, tan acalorados de nuestra historia, los patriotas vinieron a venerarla. Ella es parte de nuestra historia.

Ella es el recuerdo de nuestra fe, pero también es el recuerdo de nuestra patria, es el recuerdo de nuestra historia. Aquellas ideas de libertad de Artigas, aquellas aspiraciones de Artigas, las luchas de Artigas, sus triunfos, su derrota, su silencio, su exilio, hallaron eco en aquellos 33 hombres que desembarcaron en La Agraciada el 19 de abril de 1825 y al poco tiempo estaban aquí, en Florida, a los pies de la imagen de la Virgen para depositar ante ella sus ansias de libertad. Porque veían en ella la imagen de la libertad.

Aquellos hombres que estaban luchando, que estaban derramando su sangre, que estaban creyendo en el futuro, que estaban esperando contra toda esperanza, eran hombres que confiaban en Dios y vieron en la imagen de esta Virgen un signo de esa libertad que tanto anhelaban para nuestra tierra. Por eso no podemos considerar que vinieron aquí a celebrar una comedia o lo que hicieron era fruto de una piedad pasajera por el miedo que tenía ante los que se le venían. Se postraron a los pies de la Virgen y se pusieron en la presencia de Dios, pasando por esa puerta que es Cristo, porque confiaban, porque veían algo más, veían con ojos de fe esa pequeña talla de la Virgen de los 33.

Y días después sucede algo similar con aquellos patriotas, aquel primer gobierno provisorio y luego los representantes de los pueblos que nuevamente vienen a presentar a la Virgen luego de haber firmado el acta de la soberanía, vienen a presentar esa nueva patria que va creciendo, que va naciendo, también se la vienen a ofrecer a María. Una vez más la fe se hermanaba con la libertad. Así como aquellos 33 hombres que vienen y a partir de ahí que le dan el nombre, el pueblo comienza a darle el nombre a esta imagen Virgen de los 33 que es capitana y guía, así también aquellos primeros patriotas, aquellos primeros gobernantes vienen a depositar su confianza, sus anhelos, sus esperanzas, el futuro de aquello que está germinando, de aquello que está naciendo a los pies de la Virgen.

Pasaron por la puerta que es Cristo, eran hombres de fe, creían en la salvación, tenían esperanza, confiaban en Dios. Su obra no sólo era una obra patriótica, era una obra de fe porque con eso estaban cumpliendo la voluntad de Dios, estaban cumpliendo el designio de Dios sobre estas tierras. Tenían la convicción de que estaban haciendo una obra mucho más que de la construcción de una patria.

Estaban haciendo una obra de fe. Por eso, en esa pequeña talla de la Virgen de los 33 se unen lo histórico y la fe, los religiosos, Dios y la patria. Y Dios y la patria son dos sentimientos que ennoblecen el alma de un pueblo.

Por eso, en esa imagen que nos une lo religioso y lo patriótico, esa imagen, esa imagen de María, la estrella del Alba, fue la imagen que presencié el nacimiento de nuestra patria. Y así como aquellos primeros patriotas, aquellos representantes de la patria vieja, entraron por esa puerta para venerar esta imagen, así generaciones y generaciones han hecho lo mismo, siempre depositando en esta imagen de la Virgen de los 33 sus anhelos y sus esperanzas. Y así también hoy nosotros, a doscientos años, volvemos a sus pies para depositar también nuestras esperanzas, nuestros anhelos y nuestro futuro.

Porque queremos ser un pueblo noble, queremos ser un pueblo que no se olvida de Dios. Ningún pueblo es noble cuando se olvida de Dios, porque sin Dios no hay verdad, sin Dios no hay bien, sin Dios no hay sentido, sin Dios no hay salvación. Los pueblos que olvidan a Dios están condenados al olvido.

Por eso, esta imagen de la Virgen de los 33 nos recuerda la fe de aquellos primeros patriotas, nos recuerda el nacimiento de nuestra patria, nos invita también a nosotros a poner en sus manos nuestros destinos personales y nuestros destinos como pueblo, a poner en sus manos la tarea de nuestro gobierno, a poner en sus manos a todo nuestro pueblo. Porque ella es el ícono de nuestra libertad. Nadie como ella fue libre plenamente.

Ella es libre porque es la agraciada, porque es la sin pecado concebida, porque es la elegida de Dios. Nadie puede ser plenamente libre si es esclavo del pecado, si está lejos de Dios. Ella es la llena de gracia, ella es la auténtica representante de lo que debe ser la libertad humana, la plena libertad.

Por eso, aquellos 33 hombres, aquel primer gobierno patrio, aquellos que declararon nuestra independencia, vieron esa libertad, ese sentido de la libertad y de la vida que anida en esta imagen. Y también nosotros tenemos que ver lo mismo y seguir depositando en ella nuestros proyectos, nuestro futuro, nuestra esperanza. Por eso, que María nos acompañe, que nos acompañe a la vez que le damos gracias por estos 200 años, le pedimos por cada uno de nosotros, le pedimos por nuestro pueblo, le pedimos por nuestro gobierno.

Le pedimos ser como ella, tener las manos y el corazón abiertos para servir a Dios y para servir a nuestros hermanos. Le pedimos traer la misma actitud de fe que tuvieron aquellos primeros patriotas que vinieron a sus pies a entregarle sus preocupaciones y sus esperanzas en aquel paterno día. Que Dios bendiga nuestra patria que nació católica.